



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 18 de noviembre de 1981

La resurrección de los cuerpos según las palabras de Jesús a los saduceos

1. "Estáis en un error, y ni conocéis las Escrituras ni el poder de Dios" (*Mt 22, 29*); así dijo Cristo a los saduceos, los cuales —al rechazar la fe en la resurrección futura de los cuerpos— le habían expuesto el siguiente caso: "Había entre nosotros siete hermanos; y casado el primero, murió sin descendencia, y dejó la mujer a su hermano (según la ley mosaica del "levirato"); igualmente el segundo y el tercero, hasta los siete. Después de todos murió la mujer. Pues en la resurrección, ¿de cuál de los siete será la mujer?" (*Mt 22, 25-28*).

Cristo replica a los saduceos afirmando, al comienzo y al final de su respuesta, que están en un gran error, no conociendo ni las Escrituras ni el poder de Dios (cf. *Mc 12, 24; Mt 22, 29*). Puesto que la conversación con los saduceos la refieren los tres Evangelios sinópticos, confrontemos brevemente los relativos textos.

2. La versión de Mateo (22, 24-30), aunque no haga referencia a la zarza, concuerda casi totalmente con la de Marcos (12, 18-25). Las dos versiones contienen dos elementos esenciales: 1) la enunciación sobre la resurrección futura de los cuerpos; 2) la enunciación sobre el estado de los cuerpos de los hombres resucitados^[1]. Estos dos elementos se encuentran también en Lucas (20, 27-36)^[2]. El primer elemento, concerniente a la resurrección futura de los cuerpos, está unido, especialmente en Mateo y en Marcos, con las palabras dirigidas a los saduceos, según las cuales, ellos no conocían "ni las Escrituras ni el poder de Dios". Esta afirmación merece una atención particular, porque precisamente en ella Cristo puntualiza las bases mismas de la fe en la resurrección, a la que había hecho referencia al responder a la cuestión planteada por los

saduceos con el ejemplo concreto de la ley mosaica del levirato.

3. Sin duda, los saduceos tratan la cuestión de la resurrección como un tipo de teoría o de hipótesis, susceptible de superación [3]. Jesús les demuestra primero un error de método: *no conocen las Escrituras*; y luego, un error de fondo: no aceptan lo que está revelado en las Escrituras —*no conocen el poder de Dios*—, no creen en Aquel que se reveló a Moisés en la zarza ardiente. Se trata de una respuesta muy significativa y muy precisa. Cristo se encuentra aquí con hombres que se consideran expertos y competentes intérpretes de las Escrituras. A estos hombres —esto es, a los saduceos— les responde Jesús que el solo conocimiento literal de la Escritura no basta. Efectivamente, la Escritura es, sobre todo, un medio para conocer el poder de Dios vivo, que se revela en ella a sí mismo, igual que se reveló a Moisés en la zarza. En esta revelación El se ha llamado a sí mismo "el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y de Jacob"[4], de aquellos, pues, que habían sido los padres de Moisés en la fe, que brota de la revelación del Dios viviente. Todos ellos han muerto ya hace mucho tiempo; sin embargo, Cristo completa la referencia a ellos con la afirmación de que Dios "no es Dios de muertos, sino de vivos". Esta afirmación-clave, en la que Cristo interpreta las palabras dirigidas a Moisés desde la zarza ardiente, sólo pueden ser comprendidas si *se admite la realidad de una vida, a la que la muerte no pone fin*. Los padres de Moisés en la fe, Abraham, Isaac y Jacob, para Dios son personas vivientes (cf. *Lc 20, 38*: "porque para El todos viven"), aunque, según los criterios humanos, haya que contarlos entre los muertos. Interpretar correctamente la Escritura, y en particular estas palabras de Dios, quiere decir conocer y acoger con la fe el poder del Dador de la vida, el cual no está atado por la ley de la muerte, dominadora en la historia terrena del hombre.

4. Parece que de este modo hay que interpretar la respuesta de Cristo sobre la posibilidad de la resurrección [5], dada a los saduceos, según la versión de los tres sinópticos. Llegará el momento en que Cristo dé la respuesta, sobre esta materia, con la propia resurrección; sin embargo, por ahora se remite al testimonio del Antiguo Testamento, demostrando cómo se descubre allí la verdad sobre la inmortalidad y sobre la resurrección. Es preciso hacerlo no deteniéndose solamente en el sonido de las palabras, sino remontándose también al poder de Dios, que se revela en esas palabras. La alusión a Abraham, Isaac y Jacob en aquella teofanía concedida a Moisés, que leemos en el libro del Éxodo (3, 2-6), constituye un testimonio que Dios vivo da de aquellos que viven "para El"; de aquellos que gracias a su poder tienen vida, aún cuando, quedándose en las dimensiones de la historia, sería preciso contarlos, desde hace mucho tiempo, entre los muertos.

5. El significado pleno de este testimonio, al que Jesús se refiere en su conversación con los saduceos, se podría entender (siempre sólo a la luz del Antiguo Testamento) del modo siguiente: Aquel que es —Aquel que vive y que es la Vida— constituye la fuente inagotable de la existencia y de la vida, tal como se reveló al "principio", en el Génesis (cf. *Gén 1-3*). Aunque, a causa del pecado, la muerte corporal se haya convertido en la suerte del hombre (cf. *Gén 3, 19*)[6], y aunque le haya sido prohibido el acceso al árbol de la vida (gran símbolo del libro del Génesis)

(cf. *Gén 3, 22*), sin embargo, *el Dios viviente, estrechando su alianza con los hombres* (Abraham, Patriarcas, Moisés, Israel), *renueva continuamente*, en esta Alianza, *la realidad misma de la Vida*, desvela de nuevo su perspectiva y, en cierto sentido, abre nuevamente el acceso al árbol de la vida. Juntamente con la Alianza, esta vida, cuya fuente es Dios mismo, se da en participación a los mismos hombres que, a consecuencia de la ruptura de la primera Alianza, habían perdido el acceso al árbol de la vida, y en las dimensiones de su historia terrena habían sido sometidos a la muerte.

6. Cristo es la última palabra de Dios sobre este tema; efectivamente, la Alianza, que con El y por El se establece entre Dios y la humanidad, abre una perspectiva infinita de Vida: y el acceso al árbol de la vida —según el plano originario del Dios de la Alianza— se revela a cada uno de los hombres en su plenitud definitiva. Este será el significado de la muerte y de la resurrección de Cristo, éste será el testimonio del misterio pascual. Sin embargo, la conversación con los saduceos se desarrolla *en la fase pre-pascual de la misión mesiánica de Cristo*. El curso de la conversación según Mateo (22, 24-30), Marcos (12, 18-27) y Lucas (20, 27-36) manifiesta que Cristo —que otras veces, particularmente en las conversaciones con sus discípulos, había hablado de la futura resurrección del Hijo del hombre (cf., por ejemplo, *Mt 17, 9. 23; 20, 19 y paral.*)— en la conversación con los saduceos, en cambio, no se remite a este argumento. Las razones son obvias y claras. La conversación tiene lugar con los saduceos, "los cuales afirman que no hay resurrección" (como subraya el Evangelista), es decir, ponen en duda su misma posibilidad, y a la vez se consideran expertos de la Escritura del Antiguo Testamento y sus intérpretes calificados. Y, por esto, Jesús se refiere al Antiguo Testamento, y, basándose en él, les demuestra que "no conocen el poder de Dios"^[7].

7. Respecto a la posibilidad de la resurrección, Cristo se remite precisamente a ese poder, que va unido con el testimonio del Dios vivo, que es el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y el Dios de Moisés. El Dios, a quien los saduceos "privan" de este poder, no es el verdadero Dios de sus Padres, sino del Dios de sus hipótesis e interpretaciones. Cristo, en cambio, ha venido para dar testimonio del Dios de la Vida en toda la verdad de su poder que se despliega en la vida del hombre.

^[1] Aunque el Nuevo Testamento no conoce la expresión "la resurrección de los cuerpos" (que aparecerá por vez primera en San Clemente: 2 *Clem* 9, 1 y en Justino: *Dial* 80, 5) y utilice la expresión "resurrección de los muertos", entendiendo con ella al hombre en su integridad, sin embargo, es posible hallar en muchos textos del Nuevo Testamento la fe en la inmortalidad del alma y su existencia incluso fuera del cuerpo. (cf. por ejemplo: *Lc* 23, 43; *Flp* 1, 23-24; 2 *Cor* 5, 6-8).

[2] El texto de Lucas contiene algunos elementos nuevos en torno a los cuales se desarrolla la discusión de los exégetas.

[3] Como es sabido, en el judaísmo de aquel período no se formuló claramente una doctrina acerca de la resurrección; existían sólo las diversas teorías lanzadas por cada una de las escuelas.

Los fariseos, que cultivaban la especulación teológica, desarrollaron fuertemente la doctrina sobre la resurrección, viendo alusiones a ella en todos los libros del Antiguo Testamento. Sin embargo, entendían la futura resurrección de modo terrestre y primitivo, preanunciando por ejemplo un enorme aumento de la recolección y de la fertilidad en la vida después de la resurrección.

Los saduceos, en cambio, polemizaban contra esta concepción, partiendo de la premisa que el Pentateuco no habla de la escatología. Es necesario también tener presente que en el siglo I el canon de los libros del Antiguo Testamento no estaba aún establecido.

El caso presentado por los saduceos ataca directamente a la concepción farisaica de la resurrección. En efecto, los saduceos pensaban que Cristo era seguidor de ellos.

La respuesta de Cristo corrige igualmente tanto la concepción de los fariseos, como la de los saduceos.

[4] Esta expresión *no* significa: "Dios *que era honrado* por Abraham, Isaac y Jacob", sino: "Dios que *tenía cuidado* de los Patriarcas y los libraba".

Esta fórmula se vuelve a encontrar en el libro del Exodo: 3, 6; 3, 15; 46; 4, 5, siempre en el contexto de la promesa de liberación de Israel: el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob es prenda y garantía de esta liberación.

"Dieu de X est synonyme de secours, de soutien et d'abri pour Israel". Un sentido semejante se encuentra en el Génesis 49, 24: "Por el poderío del fuerte de Jacob, por el nombre del Pastor de Israel. En el Dios de tu padre hallarás tu socorro" (cf. *Gén* 49, 24-25; cf. también: *Gén* 24, 27; 26, 24; 28, 13; 32, 10; 46, 3).

Cf. F. Dreyfus, o.p., "*L'argument scripturaire de Jésus en faveur de la résurrection des morts (Mc XII, 26-27)*", *Révue Biblique* 66, 1959, 218.

La fórmula: "Dios de Abraham, Isaac y Jacob", en la que se citan los tres nombres de los Patriarcas, indicaba en la exégesis de los Patriarcas, indicaba en la exégesis judaica, contemporánea de Jesús, *la relación de Dios con el Pueblo de la Alianza* como comunidad.

Cf. E. Ellis, *Jesus, The Sadducees and Qumram*, *New Testament Studies*, 10, 1963-64, 275.

[5] Según nuestro modo actual de comprender este texto evangélico, el razonamiento de Jesús sólo mira a la inmortalidad; en efecto, si los Patriarcas viven después de su muerte ya ahora antes de la resurrección escatológica del cuerpo, entonces la constatación de Jesús mira a la inmortalidad del alma y no habla de la resurrección del cuerpo.

Pero el razonamiento de Jesús fue dirigido a los saduceos que no conocían el dualismo del cuerpo y del alma, aceptando sólo la bíblica unidad sico-física del hombre que es "el cuerpo y el aliento de vida". Por esto, según ellos, el alma muere juntamente con el cuerpo. La afirmación de Jesús, según la cual los Patriarcas viven, para los saduceos sólo podía significar la resurrección con el cuerpo.

[6] No nos detenemos aquí sobre la concepción de la muerte en el sentido puramente veterotestamentario, sino que tomamos en consideración la antropología teológica en su conjunto.

[7] Este es el argumento determinante que comprueba la autenticidad de la discusión con los saduceos.

Si la perícopa constituye "*un añadido postpascual de la comunidad cristiana*" (como pensaba, por ejemplo, R. Bultmann), la fe en la resurrección de los cuerpos estaría apoyada por el hecho de la resurrección de Cristo, que se imponía como una fuerza irresistible, como lo da a entender por ejemplo San Pablo (cf. 1 Cor 15, 12).

Cf. J. Jeremias, *Neutestamentliche Theologie*, I Teil, Gutersloh 1971 (Mohn) ; cf., además, I. H. Marshall, *The Gospel of Luke*, Exeter 1978, The Paternoster Press, pág. 738.

La referencia al Pentateuco —mientras en el Antiguo Testamento hay textos que tratan directamente de la resurrección (como por ejemplo, *Is* 26, 19, o *Dan* 12, 2)— testimonia que la conversación se tuvo realmente con los saduceos, los cuales consideraban el Pentateuco la única autoridad decisiva.

La estructura de la controversia demuestra que ésta era una discusión rabínica, según los modelos clásicos que se usaban en las academias de entonces.

Cf. J. Le Moyne, o.s.b., *Les Sadducéus*, París 1972, Gabalda, pág. 124 y s.; E Lohmeyer, *Das Evangelium des Markus*, Göttingen 1959, pág. 257; D. Daube, *New Testament and Rabbinic Judaism*, Londres 1956, págs. 158-163; J. Rademakers, s.j., *La bonne nouvelle de Jésus selon St. Marc*, Bruselas 1974, Institut d'Etudes Théologiques, pág. 313.

Saludos

A todas y cada una de las personas de lengua española aquí presentes, especialmente a las religiosas y a los miembros de los grupos procedentes de España, Argentina y México, doy mi saludo cordial y mi bendición.

En mi discurso en italiano he hablado de la respuesta dada por Jesús a los Saduceos, que negaban la resurrección. El Maestro les indica que no conocen las Escrituras ni el poder infinito de Dios. Él, que posee en sí mismo la plenitud de vida, sigue renovando la realidad de la vida más allá de la muerte, ya que no es el Señor de los muertos, sino de los vivos. Ese Dios vivo y que da la vida eterna al hombre, es el verdadero Dios que nos muestra el Antiguo Testamento y que se revelará de manera completa en Jesucristo.

(En francés)

A todos los que participan en esta audiencia ofrezco mis mejores deseos para su vida familiar y personal y para sus responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad, y los bendigo de todo corazón.

Quisiera alentar especialmente a los miembros del comité ejecutivo de "Caritas Internationalis". Os esforzáis en invitar al Pueblo de Dios a compartir, ofreciéndole medios concretos de realizarlo, a fin de ayudar de modo organizado a las comunidades y personas menos favorecidas. Bendiga Dios vuestra obra que, como la de otros Movimientos caritativos, es inseparable del testimonio específico de la Iglesia.

Quisiera animar del mismo modo a los Caballeros del Santo Sepulcro de Jerusalén, cuya generosidad es bien conocida.

También he notado la presencia de peregrinos de Grecia, católicos y ortodoxos. Bienvenidos seáis, queridos amigos, a este lugar santificado por los Apóstoles Pedro y Pablo. La fe de todos nosotros se apoya en su testimonio y ellos nos estimulan en nuestra marcha hacia la unión plena, que se debe acelerar de verdad con la oración y el amor fraterno. Os bendiga Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Permitidme dirigir un saludo especial a las religiosas Franciscanas Misioneras de María, que están haciendo un curso de renovación espiritual; las aliento con cariño.

Y, en fin, deseo saludar especialmente a los peregrinos de la diócesis de Tarbes y Lourdes con

su obispo mons. Donze. ¡Cuántas veces se me va el pensamiento a la gruta bendita de Lourdes, donde tanto me hubiera gustado orar con vosotros durante el Congreso Eucarístico! Fortalecidos por las gracias que la Virgen Inmaculada derrama en vuestra tierra, dirigíos resueltamente hacia Cristo —es ésta precisamente la conversión pedida a Bernadette— para dar testimonio de su Evangelio en toda la vida.

(En inglés)

Dirijo una bienvenida cordial a los peregrinos de lengua inglesa y, en particular, a las religiosas presentes y a los grupos de Inglaterra, Japón, Canadá y Estados Unidos.

(En alemán)

Recibid mi cordial saludo y sed bienvenidos a esta audiencia, alemanes, austríacos y holandeses.

Nuestras breves reflexiones tratan hoy de la discusión de Jesús con los saduceos. Jesús les reprocha que "no conocen ni las Escrituras ni el poder de Dios" (Mc 12, 24), pues no creen en la resurrección. El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, que se revela en el Antiguo Testamento, no es un Dios de muertos, sino de vivos. Aun los que han muerto no están muertos para Dios, sino que viven y pueden ser despertados de nuevo por el poder de Dios. Esta verdad de la fe encuentra su solemne y definitiva confirmación en la Nueva Alianza en la resurrección de Cristo.

Recemos, en el mes de noviembre especialmente, por nuestros queridos difuntos y conformemos nuestra propia vida según esta fe en la resurrección. Con todo afecto os doy mi bendición apostólica.

(A los fieles eslovenos y croatas)

Saludo de corazón a los peregrinos eslovenos aquí presentes y les imparto mi bendición apostólica.

Saludo cordialmente a todos los peregrinos croatas presentes en esta audiencia. Por vuestro medio, queridos croatas, saludo a todos vuestros seres queridos que están en la patria y también a toda la querida Croacia. A todos imparto de corazón mi bendición apostólica.

(A los enfermos, a los jóvenes y a los recién casados)

Dirijo un saludo particular a los miembros de la peregrinación de UNITALSI de Imola.

Queridísimos: Deseo aseguraros que me siento muy cerca de vosotros los que estáis llamados a participar en los sufrimientos de quien, clavado en el madero de la cruz, trajo la salvación al

mundo entero. La unión con la cruz de Cristo es manantial precioso de santificación y mérito. Extiendo mi saludo cordial a todos los *enfermos* aquí presentes, les prometo mi recuerdo en la oración y les bendigo de todo corazón a ellos y a sus seres queridos

Saludo asimismo al grupo de muchachos sordomudos del centro de enseñanza media "Mazzini" de Roma. A ellos y a todos los *jóvenes* presentes me complazco en decirles que una vida se realiza plenamente y la juventud está auténticamente lograda, cuando se es capaz de abrir el corazón a las propuestas que nos vienen de Cristo, para poder hablar con el testimonio de la vida, de las maravillas que el Señor cumple en quienes le escuchan y siguen con generosidad. De corazón les acompaño con mi oración y mi bendición.

Y, en fin, me dirijo a vosotros, *recién casados*, que comenzáis los dos juntos un camino unidos por el sacramento y el amor mutuo. Os deseo que Cristo sea vuestro compañero de viaje, comparta vuestras alegrías, os ayude en las dificultades y sea vuestra esperanza en la prueba. A todos mi bendición.